

La India entra por mis pies - India reaches me through my feet

Roxana Piñeda

He tenido que hacer un largo viaje para atravesar medio mundo y llegar a la India. De pasada por Amsterdam recordaba el equívoco de los “descubridores” de América: empeñados en descubrir la ruta de las especias plantaron los pies en las costas de Cuba creyendo llegar a la India soñada. De ese primer equívoco que tanto cambió la faz de la tierra hasta entonces conocida quiero pensar que me nace la idea de que mi India; esta que ahora descubro entre la multitud de su gente que me dice adiós al pasar, esta repleta de polvo y tráfico loco y el sonido avasallador del claxon, esta con un calor que me resulta familiar, con sus comidas en extremo picantes, con su pobreza y la belleza infinita de los trajes de las mujeres, esta de los pies descalzos y la profusión de lugares sagrados para adorar a sus dioses, esta India me entra por los pies. En mi primera noche, invitada a comer en casa de unos amigos de Parvathy, al salir no encontré uno de mis zapatos naranjas, el color de Buda. Un perro callejero lo eligió entre tantos y lo destrozó. Y así tuve que regresar descalza. Para mí fue un signo de renuncia. Algo que no puedo traducir en palabras se plantó en lo más hondo de mi espíritu y me hizo abrir los ojos de los pies. Mi india habla desde el espíritu: calmada, con el sosiego de la renuncia, me obligó a repasar con detenimiento lo que habitualmente reconozco como esencial. Los olores, desagradables y perfumados, los colores desplegados en todas sus gamas, y una otra espiritualidad que duerme en lo ancestral de una cultura que habla por los pies. No quedé igual, no ha sido un viaje como otros. Mi India ha abierto un canal que me obliga a un cuestionamiento y me propone una mirada alternativa. Tan distante, siento que antes, de alguna forma, ya estuve allí. De la mano del teatro llegué invitada por Parvathy. De los pies me fui porque los pies tejen las huellas para no perder el camino del regreso.

I had to make a long journey across half the world to get to India. In transit in Amsterdam I remembered the misunderstanding of the so called “discoverers” of America: struggling to find the spice route they finally set foot on the Cuban shores thinking that they had reached the India of their dreams. I want to believe that the feeling I have of India coming to me through my feet originates from that first misunderstanding that changed so considerably the face of the world as it was known until then. *My India*: the one I discover now amongst the crowd that salutes me as I pass by; the one full of dust, with its crazy traffic and the relentless sound of vehicle horns; the one that is warm in a familiar way, with its extremely spicy food, its poverty and the infinite beauty of the women’s clothes; the one of bare feet and the overabundance of holy sites consecrated to the worship of its gods.

On my first night I was invited to dine with some of Parvathy’s friends and when I left the house I could not find one of my orange shoes - the colour of Buddha. A stray dog had chosen it among many others and destroyed it. So I had to return barefoot. For me it was a sign of surrender. Something I can’t put into words was planted in the innermost region of my soul and made me open the eyes of my feet. My India speaks straight from the soul: calmly, with the tranquillity of renouncement, it forced me to reconsider carefully what I usually imagine to be essential. The unpleasant and fragrant smells, the colours displayed in all their possible shades, and a different kind of spirituality that sleeps in the ancientness of a culture that speaks through the feet. I am not the same; this journey has been different from others. My India has opened a channel that makes me question myself and shows me an alternative point of view. So far away, yet giving me the feeling that I have been here before. Hand in hand with theatre, I arrived invited by Parvathy. I left again on foot, because feet leave the traces which help us not to lose our way back home.